

INFORMACION ACADEMICA

A LA MEMORIA DE GONZALO RODRIGUEZ LAFORA 1887-1971

Llega a México en el año de 1938, como parte del brillante grupo de intelectuales republicanos españoles, que han aportado al país las experiencias científicas, técnicas o humanísticas que en proceso de desarrollo o en experiencias ya maduras, dieron un impulso a muchas áreas de nuestra medicina desde el decenio 30-40 en adelante. Son vigentes y es grandiosa la labor en el campo de las ciencias médicas, de Dionisio Nieto en la neuropsiquiatría y en particular en la neuropatología, de Isaac Costero en patología general, de Rafael Méndez en investigaciones bioquímicas y farmacológicas, de Manuel Márquez, primer maestro de oftalmología de habla española, fallecido en esta su patria adoptiva, donde vivió con sencillez, modestia, humildad, con comunicación paternal, enseñando con

prodigalidad su infinita y meticulosa sabiduría, en este su tiempo, decano ilustre, hijo adoptivo y patriarca republicano, nacionalizado, como muchos de ellos por empatía incrustada en recíproca hermandad y mutua dependencia. En esta breve e incompleta enumeración, no podemos omitir a otros ilustres refugiados, ahora connacionales, como Germán García, ilustre cancerólogo, Urbano Barnés, distinguido ginecoobstetra, pródigo en ayudarnos, velando por nuestros hijos, en la incontrolable explosión demográfica; a José Vázquez, estimado amigo y distinguido investigador de la flora morelense, a Germán Somolinos en historia de la medicina; a Julio Bejarano, que fuera tan ilustre dermatólogo, ya fallecido y tantos otros intelectuales de la estirpe de Cajal. A este grupo pródigo y de vigencia en

su rendimiento para México, ahora su patria de por vida, como de por vida es y será para ellos y para México la gloriosa España Republicana. A este grupo, decimos, perteneció don Gonzalo Rodríguez Lafora, ilustre neuropsiquiatra, llegado a México en 1938, y en cuya memoria hilvanamos, con modestia en el hacer y con el penoso sentimiento de su conmemoración mortuoria, esta breve semblanza con que la Academia Nacional de Medicina se honra en recordarlo.

Al llegar a México don Gonzalo, la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría se siente honrada y le hace de inmediato su miembro honorario.

En su revista oficial, *Archivos de Neurología y Psiquiatría*, tomo II, página 491, hace publicar su fotografía con una breve nota de bienvenida, que a la letra dice: "El doctor Gonzalo Lafora, eminente neurólogo español, se encuentra actualmente entre nosotros.

La personalidad del doctor Lafora es altamente conocida en los círculos científicos europeos y americanos. Actualmente la atención de sus investigaciones se dirige a la anatomía patológica de los padecimientos neuropsiquiátricos y se propone realizar estudios de esta índole en el Manicomio General. La Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría se honra en saludar al ilustre visitante y desear que su permanencia entre nosotros sea tan placentera para él, como fructífera en enseñanzas para nosotros". (nov. 21 de 1938).

Ingresó como miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina, a petición de muy distinguidos académicos: Dr. Ignacio Chávez, Dr. Manuel Martínez Báez, Dr. Tomás Perrín, Dr. Ignacio González Guzmán y Dr. Alfonso Millán.

El maestro Alfonso Pruneda, firma al calce de la solicitud, "aceptado por unanimidad de 17 votos en la sesión del 10. de mayo de 1939".

La semblanza biográfica que a continuación exponemos se debe a la amable cooperación de los doctores Dionisio Nieto, Costero, Escobar y Somolinos, a quienes agradezco me hayan facilitado este mi devoto cumplimiento, que en mis sentimientos personales para el finado significa reconocimiento, admiración y añoranza de su amistad.

El doctor Lafora nació en 1887. Era contemporáneo, algo más joven, que Nicolás Achúcarro, quien fuera uno de los más distinguidos miembros del grupo de don Santiago Ramón y Cajal. En la época en que don Santiago desarrolló sus trascendentales investigaciones sobre el sistema nervioso, Achúcarro representó aquella rama de la investigación que ya había comenzado a estructurarse en otros países de Europa, y que consistía en el estudio del sistema nervioso en todas sus dimensiones, tanto en el histológico y patológico, como en el clínico. Achúcarro hizo aportaciones de gran calidad a la histología y a la histopatología del sistema nervioso, al mismo tiempo que desempeñaba la jefatura del servicio de neuropsiquiatría del Hospital General de Madrid. Perteneciendo al grupo de Cajal, fue becado a Alemania para trabajar con Kraepelin en la clínica psiquiátrica de Munich. Allí trabajaba Alzheimer. Ya para entonces Lafora trabajaba en el laboratorio de Cajal bajo la misma orientación clínica y anatómica. Por ese tiempo se dirigieron a Kraepelin desde Washington, pidiéndole que designara un neuropatólogo para el Manicomio de Santa Isabel. Kraepelin propuso para esta plaza

a Achúcarro, quien la desempeñó por espacio de cerca de dos años. Pero como deseaba regresar a España al laboratorio de Cajal, propuso que Lafora se quedase en su puesto en Washington. Durante su estancia en el Manicomio de Santa Isabel, Lafora hizo el descubrimiento más importante de su carrera. En colaboración con Glueck describió los cuerpos de inclusión en las neuronas en la epilepsia mioclónica, que lleva su nombre.

En España siguió trabajando en neuropatología en el Instituto Cajal, al mismo tiempo que hacía clínica neuropsiquiátrica. La muerte prematura de Achúcarro, cuando sólo contaba 37 años, fue una gran pérdida para la escuela española. Lafora siguió representando la parte de investigación cerebral de bases clínicas, lo mismo que Río-Hortega la continuó en el propio laboratorio que Achúcarro había fundado bajo el patrocinio de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en la Residencia de Estudiantes, que heredó a la desaparición de Achúcarro. Río-Hortega tuvo gran empeño en que se cultivara la línea de investigación iniciada por Achúcarro y continuada en parte por Lafora. Así fue como en aquel pequeño, pero importante laboratorio de Río-Hortega trabajaron una gran parte de los psiquiatras de la Escuela de Madrid, siguiendo las inspiraciones del propio Cajal.

Las aspiraciones de Lafora se habían dirigido siempre para llegar a constituir una unidad de investigaciones psiquiátricas basada en los estudios de neuroanatomía, neurofisiología, neuropatología y neuroquímica. Esta unidad se integró en el Instituto Cajal en 1935, funcionando coordinadamente con el servicio de psiquiatría del Hospital General de Madrid.

En 1936, esta unidad había empezado a funcionar con gran entusiasmo, y se interrumpió definitivamente su actividad con la guerra civil.

Con el fin de proseguir sus investigaciones, el doctor Lafora inició desde su llegada a México en 1938 algunas gestiones para que se pudiera llegar a reconstruir ese tipo de centro de investigación que no llegó a lograrse del todo en España. Fue así que contribuyó a la fundación de lo que en el año de 1941, y por un donativo de la Fundación Rockefeller, se creó como Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, que con el tiempo llegó a ser Instituto de Estudios Médicos y Biológicos, y actualmente Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. En este último centro se han venido desarrollando precisamente las investigaciones que se iniciaron hace muchos años en el Instituto Cajal de Madrid bajo esas orientaciones. El departamento que va fomentando estos estudios es la sección de neurobiología del mencionado Instituto. Este modo de enfocar la investigación en el campo más científico de la psiquiatría, se inició con Kraepelin en Alemania, se trató también de desarrollar en España, y va adquiriendo cierta evolución satisfactoria en México. Que esta orientación era acertada, lo demuestra el que en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en la URSS, y en distintas universidades de los Estados Unidos de América, se hayan creado en estos últimos años departamentos de investigación psiquiátrica con esa misma orientación. Igualmente, y bajo la denominación de psiquiatría biológica, se viene multiplicando últimamente todas las investigaciones que se iniciaron por aquellos tiempos.

Lafora fue un trabajador infatigable, lleno de inquietudes y de grandes contradicciones. Polemista por naturaleza, siempre gustó de opinar públicamente sobre las más distintas disciplinas, y con este motivo no dejó de tener fricciones sensacionales. En México disfrutó de la cordial acogida que le brindaron los más preclaros intelectuales de aquel tiempo. Tratando de continuar las investigaciones cerebrales según la línea de trabajo que se había iniciado en Madrid, comenzó a tener algunas actividades en el pequeño laboratorio de anatomía patológica del doctor Isaac Costero en el Hospital General de México, hasta tanto se ponía en marcha el Laboratorio de Investigaciones de la Universidad. Así mismo, dio cursos y conferencias patrocinados por la Universidad, y también frecuentó el Hospital Psiquiátrico Nacional.

Siempre tuvo el propósito de regresar a España. Pero como esto no lo podía hacer sin exponerse a ser "depurado", solamente regresó cuando el doctor Gregorio Marañón gestionó su repatriación con toda clase de garantías. Fue el mismo Marañón quien consiguió que fuera reinstalado en el Servicio de Psiquiatría del

Hospital General de Madrid. Sin embargo, en lo que había sido antes de la guerra el Instituto Cajal, no tenemos noticia de que fuera reincorporado, en parte probablemente porque las actividades de este centro llegaron casi a extinguirse.

A su regreso a España tuvo mucho empeño en que se reanudara la publicación de la primera Revista de Neurología, Psiquiatría y Disciplinas Afines, que bajo el nombre de Archivos de Neurobiología fundó él mismo en 1919 junto con Ortega y Gasset y Sacristán, la cual interrumpió su publicación por muchos años. En la actualidad se sigue publicando.

En los últimos años su salud empezó a deteriorarse, quedándose casi sin vista y perdiendo la agilidad mental que le había caracterizado. No salía ya de su casa y ni siquiera podía atender pacientes. Falleció el 27 de diciembre del año de 1971 a los 85 años de edad.

Don Gonzalo Rodríguez Lafora: la Academia Nacional de Medicina de México, lo guarda con gratitud en los archivos de sus sentimientos. Descanse en paz.

MARIO FUENTES-DELGADO

A LA MEMORIA DEL MAESTRO Y ACADEMICO BENJAMIN BANDERA CARDEÑA

Es para mí una honrosa distinción el que la directiva de la Academia me haya encargado decir unas palabras en memoria del maestro y académico, doctor Benjamín Bandera, recientemente fallecido.

Como maestro, vio desfilar numerosos alumnos, desde 1917, como prosector de

anatomía y de 1922 a 1952, como profesor de anatomía descriptiva; muchos académicos tuvimos la feliz oportunidad de ser sus discípulos.

En su clase, fue característica su invariable puntualidad y su estricta y suave disciplina. En la forma explicativa que

le era peculiar, sabía desarrollar los temas con suma sencillez y claridad, despertando con sus interrogatorios llenos de paciencia, el interés por el estudio. En los exámenes finales, siempre fue comprensivo y generoso con el examinando.

Su calidad de maestro se irradió de tal forma, que no sólo sus discípulos, sino muchos que no lo fueron, le decían maestro y lo trataban como tal.

El mismo maestro Bandera expresó que las dos grandes actividades que amó intensamente, fueron la docencia y la anestesia y a las dos se entregó con entusiasmo y les imprimió su carácter personal.

La anestesia, en la que se inició desde el año de su recepción profesional en 1917, le hizo vivir aquellas épocas llenas de grandes riesgos y temores, en las que la habilidad individual lograba con éxito la difícil administración de agentes inhalantes con el método del goteo con mascarilla abierta, inclusive en intervenciones de relativa importancia y aún en el domicilio de los enfermos.

Su reconocido valor como anestesista fue motivo para que en 1928 fuera designado anestesista oficial del Hospital Francés de la ciudad de México.

En el año de 1926 ingresó como socio numerario a la Academia Nacional de Medicina y en 1933 como académico de número de la Academia Mexicana de Cirugía.

En 1934, fundó en unión con otros médicos la Sociedad Mexicana de Anestésistas, en el recinto de la Sociedad de Cirugía del Hospital Juárez.

En noviembre de 1941, en la Academia Nacional de Medicina, logró la aceptación de su iniciativa para la creación de la sección de Anestesia, siendo designado presidente de la misma.

Contribuyó especialmente a la creación y desarrollo de la sección de Anestesia y de cuidados pre y postoperatorios en la Primera Asamblea Nacional de Cirujanos, sección que continuó funcionando en las siguientes Asambleas hasta la VII, en el año de 1946, en el que se celebró en México, durante dicha Asamblea, el Primer Congreso Mexicano de Anestesiología, presidido por el doctor Juan White Morquecho y en cuya organización y desarrollo tuvo el maestro Bandera un papel muy importante.

En 1948, cuando la Sociedad Mexicana de Anestésistas se reorganizó y amplió sus horizontes y sus conceptos, cambiando su nombre por el de Sociedad Mexicana de Anestesiología, el maestro Bandera fue honrado con el nombramiento de presidente de la misma por dos periodos consecutivos de 1948 a 1951, periodos de gestación de esa sociedad, a los que el maestro Bandera dedicó gran parte de su tiempo y su mejor esfuerzo para lograr su consolidación. En ese mismo año de 1948, fue presidente del Segundo Congreso Mexicano de Anestesiología.

En 1952 se fundó la Revista Mexicana de Anestesiología, otorgándosele al maestro Bandera la dirección editorial de la misma de 1952 a 1956 y posteriormente la dirección honoraria vitalicia. En las páginas de la revista y en numerosos editoriales, se manifestó siempre viva, su ponderada experiencia y su constante aliento y estímulo a toda idea constructiva, a todo esfuerzo de superación por elevar la calidad médica y moral de la anestesiología mexicana.

En el año de 1951, el maestro Bandera organizó el Departamento de Anestesiología del Hospital Francés, estableciendo un servicio permanente de anestesia en

cirugía y obstetricia, por médicos anestesiólogos; estableció la consulta preanestésica, con revisión electrocardiográfica y fotofluorograma del tórax y dió gran impulso a las actividades académicas, con presentación de temas a discutir, revisión de casos, y presentación de trabajos por invitación.

El maestro Bandera fue socio correspondiente extranjero de numerosas sociedades de anestesiología y representante de la Sociedad Mexicana de Anestesiología en varios congresos latinoamericanos.

Los hechos antes mencionados hablan de su elevada calidad científica, pero en el recuerdo de su persona se agigantan sus cualidades humanas: nos enseñó lo que es una mano tendida cordial y amistosa, lo que es la bondad inteligente que

orienta y aconseja; por ello, supo ganar el corazón de quienes le tratamos.

Nos enseñó serenidad y objetividad en la solución de los problemas, a veces con una mirada, con una sonrisa, con un movimiento de cabeza; nos enseñó finalmente, el cumplimiento fiel y animoso del propio trabajo hasta el último detalle. Su gran sentido de responsabilidad le hizo asistir al hospital hasta dos días antes de su muerte, aun cuando sus dolencias físicas le impedían ya inclinarse a levantar un papel del suelo.

Sean estas palabras nuestro más sentido homenaje a su memoria y el testimonio de que su ejemplo perdura entre nosotros.

JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ-HERNÁNDEZ

A LA MEMORIA DEL DOCTOR IGNACIO GONZALEZ GUZMAN

El doctor Ignacio González Guzmán partió ya para el viaje que no tiene retorno, pero su fecunda vida dejó en el campo de las ciencias y del humanismo tan profunda huella, que su presencia espiritual con nosotros y con las generaciones por venir lo consagran como un impercedero ejemplo por sus cualidades como hombre y como científico.

El maestro nació hace 74 años. Lo separan, pues, de los más jóvenes que ahora me escuchan casi dos generaciones; tengo la seguridad de que mis colegas aquí presentes saben de su singular inteligencia y de su extensísima obra hematológica, pero creo que serán pocos los que como yo tuvieron el privilegio de

seguirlo de cerca como profesor, como maestro y como amigo, circunstancias que justifican mi atrevimiento de hacer el esbozo de su gran figura.

El doctor González Guzmán se recibió a los 25 años de edad y un año después ya impartía con brillo la clase de fisiología y biología generales. Cinco años más tarde le tocó a nuestra generación tenerlo como profesor.

Inaugurábase entonces una etapa trascendente para la universidad, pues el gobierno le había otorgado unos meses antes la carta de autonomía, triunfo genuino del movimiento de huelga y cuyo significado nadie discutirá, pero que nos había dejado, como ganadores, la sensa-

ción de que la ruptura del orden y la holganza podían tener una feliz retribución.

Con ese estado de ánimo nada propicio para iniciar seriamente los estudios profesionales, nos presentamos a la clase inaugural del doctor González Guzmán y uno de nosotros, pues así al principio nos pareció, se apropió del sillón magistral, aceptando pálido y serio los denuestos de la muchachada, hasta que su tranquila compostura nos hizo guardar silencio, momento en el que el maestro inició imperturbable su exposición que desde el principio y siempre sería clara, precisa y elegante.

Nunca se repitió el pandemonium. La espera para la clase del maestro era de expectante ansiedad de escuchar sus explicaciones, para comentar después los chispazos de fina ironía con los que acostumbraba hacer más ligeras y adornar sus exposiciones.

Dice un mito, de todos conocido, que los cantos del hijo de Calíope dulcificaban el espíritu de los que lo escuchaban, y yo diré que sin hipérbole la voz suave y persuasiva del maestro producía en todas partes, en la cátedra, en las sociedades científicas y en la conversación, un irresistible atractivo. De ahí que todos, y en primer lugar sus discípulos, le admiráramos con un fervor rayano en la idolatría.

Además, y por otra parte, el doctor González Guzmán lo sabía todo: nada podía preguntársele de citología, embriología, fisiología o biología que no pudiera contestar con seguridad y precisión, y sus comentarios sobre asuntos de historia, literatura, artes plásticas y aún sobre el toreo y el deporte eran siempre eruditos o felices.

No se crea, no, que el maestro fuera dogmático, pues contra la rigidez mental característica de otros de nuestros profesores, mantenía una inteligencia natural muy cercana al genio y, por encima de todo, una avidez sin mácula de conocer la verdad. Para seguir aprendiendo leía infatigablemente; para tener mayor claridad mental buscaba la compañía de los inteligentes, y para no caer en el error observaba y experimentaba aprovechando todos los modelos a su alcance: anuros y reptiles, cobayos, conejos, ratones, carneros y seres humanos sanos y enfermos, intentando penetrar mediante la disección y el microscopio en el secreto de sus células y de sus tejidos.

La microscopia no tenía, para nuestro profesor y amigo, secretos y fue en este campo en el que su inventiva lo llevó a crear procedimientos originales, de los que recordamos los que sirven para estudiar la citología fina de los leucocitos y para identificar y clasificar la riqueza nuclear de las células en el hombre y en el animal, tanto en el estado normal como en el patológico.

Este tipo de investigaciones molestaba y creo que molesta aún a las personas que por no comprender el alcance de estos temas o por no querer tomarse el trabajo de confirmar o rectificar las conclusiones que el maestro después de tantos desvelos alcanzaba, hablaban con desprecio de su supuesto malabarismo en el laboratorio. ¿El nucléolo? Mero artificio o en todo caso estructura sin importancia. ¿Las endoteliosis parcelares hemorrágicas? Meros preciosismos de clínica descritos por un laboratorista, y así sucesivamente. Pero ahora sabemos, como él ya lo presentía, que el nucléolo es el sitio de ensamble de las partículas que en el

citoplasma constituyen los ribosomas, es decir, los organillos de cuyo funcionamiento depende la síntesis proteica; y las púrpuras son contempladas cada vez con mayor atención desde los puntos de vista biológico e inmunológico.

¿Excluye la inclinación por el laboratorio el ejercicio clínico? Ciertamente no, ni mucho menos en aquel entonces en que la superespecialización era inconcebible. Por eso el maestro hizo fieles descripciones de casos de anemia y de leucemias y fue el primero en nuestro medio, en hablar de la mielosis eritrémica y en describir la alergia al yodo y a la avena, lo último en 1922 cuando era aún estudiante de medicina.

Presidente de nuestras más prestigiadas sociedades científicas y de esta Academia de 1937 a 1938, miembro del Colegio Nacional, director del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad, editor o coeditor de numerosas publicaciones científicas nacionales y del extranjero, autor de trabajos cuya enumeración sería agotante, publicó dos libros que deben ser considerados clásicos en la biología médica y que son los *Estudios nucleolares* (1935), en que describe las técnicas del estudio del nucléolo, ilustrándolas primorosamente de su puño, y la *Citofisiología de la inmunidad* (1958), único volumen que vio la luz de una obra que tendría cuatro, y que el chispazo de su genio inicia con un estudio de la célula inmunocompetente por excelencia, el linfocito, cuya transformación en plasmocito había ya anunciado ocho años antes, afirmando su contenido en anticuerpos y el desencadenamiento de la actividad nucleolar en presencia del antígeno.

Aseveraciones vistas con recelo en aquel tiempo (aunque ya sabíamos por

otro querido maestro, el doctor Francisco de P. Miranda, de los trabajos de Ehrlich y de Harris, que no desconoció el maestro); banalidades ahora para nuestros especialistas en inmunología, pero de ello hace ya cerca de 25 años, y que el maestro, mal profeta en su tierra, predicaba casi en el desierto.

La última fase de la vida del doctor González Guzmán resultó ensombrecida por una serie de sucesos que no he de detallar, pero que sí mencionaré, pues no constan a todos: en primer lugar la injusticia social se enseñoreaba del ambiente y el espíritu tan finamente sensible del maestro y de los suyos, no podía quedar al margen, de donde sus conferencias en el Colegio Nacional, llenas de preocupación humanística y después, consciente de que la oligarquía vetusta, pero aún fuerte, giraba después de haber cumplido su misión histórica, hacia el mal camino del culto a la personalidad y del elitismo, emprendió frontalmente la lucha contra sus iguales. Es verdad que el maestro perdió las batallas, pero su integridad nunca lo hizo renunciar a una guerra cuya justificación estaba en la bondad de sus principios.

Pero, como se ha dicho, "todo lo que vive es digno de morir" y así el implacable tiempo acabó por arrebatarnos la salud y luego la vida de nuestro maestro, cuya memoria será motivo de veneración por todos los hombres de buena voluntad y los amantes de la ciencia, aquí y en cualquier lugar a través de muchas generaciones. Como lo hacemos ahora y como deseamos que ocurra también en las edades por venir.

MARIO SALAZAR-MALLÉN

INFORMACIÓN ACADÉMICA